



Altiplano místico

LA ALTIPLANICIE ANDINA CAUTIVA PORQUE, ALLÍ, LOS PARÁMETROS DE LA NORMALIDAD SE INVIERTEN PARA DAR LUGAR A UNA REALIDAD DISTINTA.

UBICADAS A MÁS DE 3.500 METROS DE ALTURA, LAS COMUNIDADES SON FIELES A SUS TRADICIONES. DESDE LA IMPREDECIBLE CIUDAD DE **LA PAZ** HASTA LOS PUEBLOS E ISLAS DEL SAGRADO **LAGO TITICACA**.

Texto y fotos: Aniko Villalba

La valija es chiquita, más pequeña que una caja de zapatos. Pero en ella entra lo necesario para este viaje: la comida, la cámara de fotos, la computadora y el auto. Algunos, incluso, logran empacar una casita y varios millones de dólares. Todo en miniatura, claro. Es que, en el Altiplano, lo cotidiano se resignifica y lo curioso forma parte de lo normal. Así, poseer estos adornos es un símbolo de la propiedad —potencial— de los objetos reales.

El Altiplano andino abarca distintas regiones de cuatro países de Sudamérica: el norte de Chile, el noroeste de Argentina, el sur de Perú y gran parte del occidente de Bolivia. Huelga decir que conviene ir preparado: allí, la cantidad de oxígeno es mucho menor que a nivel del mar y la temperatura puede alcanzar los 30°C o más en un mismo día.

El clima extremadamente árido y la altura promedio de 3.600 metros sobre el nivel del mar explican que solamente se mantengan en pie aquellos que logran adaptarse, natural y casi ins-

tintivamente, a las condiciones. Claro: nunca resulta fácil estar tan cerca del cielo.

LA PAZ, CIUDAD DESCONCERTANTE

Advertencia: el descenso a La Paz es una experiencia que puede dejar al visitante sin aliento. Ubicada a unos 3.650 metros sobre el nivel del mar, esta ciudad hará que cualquier primerizo sufra el famoso soroche (mal de altura). Mareo, fatiga, cansancio y falta de aire son los síntomas comunes de los primeros días, nada que no pueda curarse con un poco de descanso o con las populares *soroche pills*, pastillas antiapunamiento que se venden en cada esquina. El avión desciende en el aeropuerto internacional de El Alto, ciudad que forma parte del área metropolitana de Gran La Paz, el principal centro urbano del altiplano andino. Desde ahí, la bajada hacia el centro de la ciudad, asentada en un valle, se hace por tierra. Sea de día o de noche, durante este corto trayecto será imposible desviar la mirada de la ventana: La Paz aparece de golpe, al costado de la ruta, hundida entre las montañas. Como en una maqueta rugosa y desordenada, miles de casitas amontonadas descienden por las laderas, y su tono ladrillo hace que se mimeticen con el color ocre de la tierra.

La Paz, eje político y de gobierno de Bolivia, no parece tener una consigna que la ordene. Caminando, el visitante descubrirá que el método reside, tal vez, en la arbitrariedad. En La Paz hay casas antiguas, pequeñas, tradicionales; hay edificios altos, impecables, modernos; hay iglesias de arquitectura colonial, monumentos, palacios, mercados. Pero todo está ubicado co-

REALIDAD PARALELA. Vista desde la distancia, la ciudad de Copacabana (izq.), confirma su esencia de centro religioso ancestral, aun hoy epicentro de peregrinaciones. En tanto, en el corazón del lago Titicaca, la etnia de los uros mantiene un estilo de vida basado en la totora, suerte de junco que les permite construir desde sus islotes familiares hasta sus típicas embarcaciones con silueta de caballito (derecha) e incluso hoteles (abajo).



De todo, como en botica andina

En la mayoría de las ciudades y pueblos del Altiplano, los mercados son parte inseparable del paisaje. Cerrados, al aire libre, de varias manzanas, de pocos metros cuadrados... Lo cierto es que la variedad de puestos resulta inagotable. En La Paz, uno de los más populares y concurridos es el Mercado de las Alasitas, una feria en la que solamente se venden miniaturas, objetos que tienen una finalidad ritual, más que decorativa: durante tres semanas, los paceños compran la miniatura de aquello que desean tener en tamaño real (computadoras, dinero, autos e incluso pareja) y luego realizan la *ch'alla*, un rito que consiste en rociar el objeto con alcohol, pétalos de flores y sahumerios y rezar al dios aymara Ekeko para que haga realidad sus deseos.

En tanto, en La Paz, también gana fama el Mercado de Brujas, en cuyos puestos se ofrecen todo tipo de pociones, remedios caseros y conjuros, e incluso hay chamanes que atienden consultas privadas.

mo si, durante su construcción, se hubiesen mezclado los planos de ciudades distintas.

La Paz sorprende en cada bifurcación. Esto hace, claro, que sea muy fácil perderse. Como se construyó respetando la topografía del lugar, son muy pocas las calles que logran avanzar en línea recta y aun menos las que se mantienen a la misma altura durante toda su extensión. Aquí hay que ubicarse pensando en subidas y bajadas. Pero, atención: las calles cambian de nombre cada pocas cuadras y un edificio ubicado a la altura 5346 puede ser vecino de otro ubicado al 1085. Siempre se puede contar con la buena voluntad de los locales para llegar a destino, aunque habrá que estar preparado para caminar varios kilómetros en busca de un lugar que siempre está "ahicito nomás". El aire fresco y puro de montaña invita a salir a la calle. Los paceños comen en puestitos al aire libre y mascan sus hojas de coca para evitar el soroche, venden sus artesanías en las veredas o en carritos ambulantes, conversan en medio de la calle en alguna de las 33 lenguas indígenas oficiales, pasan la tarde en uno de los tantos mercados. De día, el calor se siente pero no agobia. Pero cuando empieza a oscurecer, es hora de refugiarse: el frío de la Puna traspasa.

Una de las ventajas de estar rodeada de montañas es que la ciudad tiene varios miradores naturales desde donde ser observada. Uno de los más impresionantes es el Killi Killi, que ofrece una vista de 360 grados, un lugar privilegiado para fotografiar los picos nevados de los Andes. Vista desde arriba, La Paz es silenciosa, tranquila, ordenada; pero abajo vuelve a mostrar su faceta incongruente, sorpresiva, impredecible. Un lugar donde los tejidos explotan de color y el aire huele a coca. Una ciudad que es muchas a la vez, donde el Carnaval es festejo nacional y la población indígena vive en contacto con la tierra.

EL MAR INTERIOR DEL ALTIPLANO

Probablemente la imagen mental predominante del Altiplano sea la de un lugar árido, poblado por llamas y vicuñas y con escasa vegetación. Tal vez pocos imaginen que, en medio de tanta montaña, existe uno de los mayores lagos de Sudamérica: el

Titicaca. A más de 3.800 metros, en un extenso territorio compartido por Bolivia y Perú, es uno de los lagos navegables más altos del mundo. Y a pesar de que no tiene salida al mar, en Bolivia es tan importante como un océano.

Muchas cosas pueden ocurrir durante las tres horas de viaje por tierra entre La Paz y Copacabana, ciudad ubicada a orillas del lago. Una chola, por ejemplo, elegirá algún pasajero distraído para convertirlo en Testigo de Jehová, mientras otra mujer asegurará, por lo bajo, que Copacabana es el diablo y, por ende, culpable de todos los males del país. Durante una parada, vendedores ambulantes se subirán al colectivo para ofrecer bebidas, alimentos y golosinas; y en algún punto del viaje el chofer frenará el colectivo y obligará a todos los pasajeros a descender. Resulta que el camino de tierra choca con la orilla del Titicaca y, para retomar la ruta de montaña que lleva a Copacabana, pasajeros y automóviles deberán cruzar ese tramo en lancha o balsa. Una vez allí, será fácil comprobar que todos los caminos conducen al Titicaca: las tres calles principales desembocan en el lago y las casas se orientan hacia la costa, como si estuvieran venerando a esa inmensa masa turquesa que parece quedarle muy grande a esta pequeña ciudad.

Aunque a simple vista no lo parezca, esta comunidad de 6 mil habitantes acumula mucha historia. En el siglo XVI fue uno de los centros religiosos más importantes del Altiplano y hoy es el principal polo de peregrinaciones del país. La catedral de Copacabana es hogar de la Virgen de la Candelaria o de Copacabana, considerada milagrosa y coronada Reina de Bolivia en 1925. Por ello, cada 2 de febrero y 5 de agosto, las fiestas y liturgias celebradas en su honor atraen a miles de fieles de todo el país en un ritual que no reconoce fronteras (la comunidad boliviana argentina celebra esta misma fiesta en Buenos Aires hace más de 35 años).

Es sabido que los habitantes de Bolivia mantienen, además de la fe católica, las tradiciones religiosas pertenecientes a cada etnia. El Estado, independiente de la religión, respeta y garantiza la libertad de creencias y cosmovisiones. Tanto quechuas como



Brújula

Aéreos: Buenos Aires-La Paz, u\$s 1.783 (ida y vuelta, clase Business), por Taca.

Clima: La temperatura promedio es de 10°C. La época de lluvias es de diciembre a marzo, el resto del año es seco.

Fiestas populares: Alasitas (24 de enero), Carnaval (febrero/marzo), Entrada Folklórica Universitaria (31 de julio), Día de los Difuntos (2 de noviembre), Virgen de Copacabana (2 de febrero y 5 de agosto).

Cambio: Un dólar equivale a 7 pesos bolivianos.

Informes: www.embajada-debolivia.com.ar/turismo.

aymaras y guaraníes viven en fuerte unión con la Pachamama (Madre Tierra) y lo demuestran hasta en sus actos más cotidianos. Por eso, en Copacabana es común toparse con celebraciones religiosas de todo tipo en cada esquina, como por ejemplo la *cha'lla* de autos, una bendición de “movilidades” que se realiza todos los sábados frente a la Catedral, con una ofrenda de flores y alcohol para asegurar su perfecto rendimiento.

Al caminar entre las montañas, los afortunados tal vez encuentren el pequeño claro donde se oculta el curioso Monumento al Sapo: una formación rocosa ubicada a pocos metros de la orilla, con forma similar a la de un batracio, animal considerado sagrado en el Altiplano. Allí, incansable, una pareja de locales espera a los visitantes con el *kit* necesario para homenajear a este personaje: botellas de sidra, guirnaldas, papel picado y serpentina. El rito consiste en acercarse a la orilla, pedir un deseo y romper la bombona contra la piedra: el sapo asegurará la bendición y prosperidad. Luego, unas gotas de alcohol van a la Pachamama y el resto... a quien se anime a beber.

Una caminata tan agotadora como imperdible es la subida al cerro Calvario, uno de los dos montes que enmarcan la ciudad, de casi 4 mil metros de altura. La ascensión a pie lleva una media hora, recorriendo las estaciones de un Vía Crucis. Desde la cima, se advierte cómo el Titicaca se extiende, infinito. Y Copacabana cabe en una foto. Por encima del cerro Calvario lo único que queda es el cielo. Tal vez por eso Copacabana se asemeje tanto al paraíso.

LA VIDA EN EL LAGO SAGRADO

Aunque las pruebas geológicas admiten que el lago Titicaca es el remanente de un antiguo e inmenso mar interior, para los locales el lago es parte de la génesis del mundo.

Según la mitología andina, de allí emergió Wiracocha, dios creador y ordenador quien, descontento con el comportamiento de los primeros hombres, los convirtió en piedra y los dejó olvidados para siempre en el fondo del lago.

Todavía se dice que allí descansan, rodeados de toneladas de oro y riquezas que fueron sumergidas durante la época de la conquista española, para evitar los saqueos. Los tiwanaku y los incas, dos de las civilizaciones más importantes de América, vivieron en contacto y armonía con el Titicaca. Y sus vestigios permanecen, dispersos, a orillas del lago y en el corazón de las islas. La del Sol, por ejemplo, fue uno de los santuarios más convocantes del imperio inca: allí, según la mitología, nació el dios Inti. La presencia de los pobladores dispuestos a recrear los rituales y ceremonias de

sus antepasados demuestra que la mística es invulnerable al paso del tiempo.

Con 14 kilómetros cuadrados, la isla es accesible en lancha desde Copacabana y está habitada por indígenas de origen quechua y aymara que se dedican al cultivo y a la pesca. El terreno es montañoso y la isla puede recorrerse, de punta a punta, a pie. Desde el punto más alto se avista la pequeña Isla de la Luna, de casi 3 kilómetros de largo por menos de uno de ancho. Según cuentan los isleños, durante la época de los incas, aquella formación estuvo habitada por las vírgenes del sol, una comunidad conformada solamente por mujeres elegidas para servir a Inti.

Pero el Titicaca no es sagrado solamente por su historia. Desde hace varios siglos, cobija a una comunidad que lo considera su hogar y salvación. Se trata de los uros, una de las etnias más antiguas del continente, quienes huyeron del dominio de los incas y se asentaron en medio del lago. Según el relato, desde entonces viven en islas flotantes fabricadas por ellos mismos y no han vuelto a pisar tierra firme. Hoy, sus descendientes habitan 50 atolones artificiales construidos con totora (junco), ubicados en territorio peruano y accesibles en barco desde la ciudad de Puno (Perú). Cada isla está habitada por entre tres y diez familias, y todos colaboran en su creación: el método consiste en apilar las totoras hasta formar una base sólida, de entre dos y tres metros de altura, que luego es anclada al fondo del lago mediante palos.

El turismo es uno de los principales medios de subsistencia de los uros, que reciben a los visitantes con genuina alegría. Los niños entonan canciones pegadizas en aymara, los hombres llevan a los forasteros a dar una vuelta por el lago en sus caballitos de totora y las mujeres ofrecen artesanías en sus pequeños hoteles y restaurantes. Cada islote tiene su propio presidente, quien se encarga de recibir a los visitantes y explicarles, a través de réplicas en miniatura, cómo es la rutina en estos cayos flotantes donde, si hay desacuerdos, prima la practicidad... y se serrucha la isla de la discordia en dos. Claro que el Altiplano puede parecer un mundo fuera de este mundo. Una realidad paralela donde los juncos no son solamente plantas sino hogares, donde una miniatura no es un adorno sino una promesa, donde una roca se convierte en objeto de veneración y la tierra es la madre de todo (todo) lo que existe.

Lugares como La Paz y el lago Titicaca demuestran que lo que es extraño para los de afuera, puede ser parte de la cotidianeidad para los de adentro. En esa transformación radica su magia. ♦